

Otros motivos de luz

Ignacio Padilla

A la fecha en que escribo esta nota, *El disparo de argón*, primera novela de Juan Villoro, apenas comienza a distribuirse en las librerías mexicanas. Sin embargo, puede ya sentirse la marejada que esta publicación provocará en los ámbitos de lectura, crítica y creación de este país. Hasta ahora, han sido dos los elementos más recurridos cuando se trata de adjudicarle méritos a esta novela. En primer lugar, se insiste en que *El disparo de argón* posee la difícil y finisecular virtud de la lectura en varios niveles. Alegórica y al mismo tiempo realista, la novela de Villoro provoca que hablar de ella se convierta en una empresa compleja, destinada a la parcialidad. Tantas son las pistas, los guiños y los callejones en la historia de la clínica oftálmica de Antonio Suárez, que el lector debe ingresar en ella dispuesto a perderse.

En segunda instancia, las primeras lecturas de *El disparo de argón* tienen en común el impacto de su estructura narrativa. Villoro ha armado su novela a la manera de una muñeca rusa o de una caja china: mundos dentro de otros mundos; dioses que engendran hombres que tendrán luego la oportunidad de convertirse en dioses; miradas tan precisas que descubren en lo más pequeño un aleph repleto de significados.

No pretendo desmentir en esta nota a quienes de sobra y con patente entusiasmo han subrayado los puntos dichos. Aunque algunos así lo consideren, no hay pecado en el entusiasmo de la crítica, por cuanto que es la novela en sí la que lo motiva. Intentaré más bien abocarme a otros puntos que, aunque extrínsecos o menos analíticos, podrían quizá proporcionar al lector de *El disparo de argón* otra luz, nuevos motivos por los que vale considerarla un texto importante, independientemente de si resulta o no de nuestro agrado.

Cabe referirse, primeramente, a *El disparo de argón* en su calidad de acontecimiento editorial. Desde hace ya varios años —tal vez décadas— la narrativa mexicana carga con la rémora del patriotismo que intenta convencernos de que la narrativa nacional debe publicarse en México, so pena de perder alguna virtud que hasta ahora nadie puede definir con exactitud. Esta idea ha escindido a los narradores de manera tal, que los libros publicados en el país son leídos sola-

mente en el país, y aquéllos publicados en el extranjero se quedan en el extranjero. Queda, no obstante, una verdad irrefutable: el mundo editorial mexicano no ha sabido darle a los narradores un libro digno, armado con buen gusto, lo bastante atractivo para quienes llevan años frente a la máquina de escribir. Pitol, del Paso, Montemayor y, en el extremo, Fuentes, entre otros, decidieron no hace mucho buscar en editoriales extranjeras los privilegios de traducción, difusión y calidad que aquí han desaparecido. El resultado es un conjunto de obras espléndidas a la vez que de libros atractivos. Pésele a quien le pese, la narrativa tiende también a esquivar fronteras.

Ahora resulta que Juan Villoro, un joven narrador a quien algunos consideran cabeza de generación (me pregunto de cuál), publica su primera novela en Alfaguara Hispánica, donde han publicado autores de la talla de Juan Eduardo Zúñiga, Alfredo Conde, Mercedes Soriano y Justo Navarro. Y mientras unos ponen el grito en el cielo porque este "niño bonito" de la literatura mexicana no publica en México, *El disparo de argón* les da una bofetada con guante blanco. Villoro, que hasta ahora había sido un narrador desigual y un gran conocedor de narrativas extranjeras, ha elaborado una novela que tiene bases lo suficientemente firmes para que el respaldo de una buena editorial sea su nueva cualidad antes que su salvación. Se trata, en resumen, de un libro bien hecho y bien dicho.

Es cierto que otro joven narrador, Dante Medina, ha seguido ya el mismo proceso de Villoro al publicar un par de novelas en Tusquets; pero, a diferencia de *El disparo de argón*, las novelas de Medina pecan de experimentalismo y el acontecimiento, por inaccesible, pierde la fuerza que *El disparo de argón* conserva.

¿Cuáles son entonces las bases sólidas de *El disparo de argón*? Es aquí donde cabe todo tipo de análisis, desde las interpretaciones citadas al principio de esta nota hasta las que cada lector desee hacer. El libro en cuestión pacta con sus lectores y luego se dedica a jugar con ellos. En su prosa, Juan Villoro logra reivindicar, a costa de limpiarla, la sombra ondera y la une con éxito a la más ambiciosa ficción urbana al estilo Fuentes. Villoro deja de regodearse

en la adolescencia de su escritura y de sus personajes y se atreve al símbolo y al retrato de una Ciudad de México que antes que nada es una ciudad de hombres, un crisol de manías, encuentros, recuerdos, pasiones y crímenes. El concepto de *cosmovisión* se cumple de sobra en esta novela.

El disparo de argón es uno de esos libros en los que el cuidado del autor se deja ver en cada párrafo. Tal es el contraste de esta novela con la obra anterior de Villoro, que esta última parece ya mero trámite. El disfraz de lo policiaco (lugares comunes de la droga, el tráfico de órganos, los sicarios y los asesinatos) sirve de gancho ideal, queda la puerta abierta a un viaje intenso por el quehacer de esta clínica, de esta ciudad, de este mundo de observadores y observados, de ciegos visionarios. Los personajes logrados no son muchos, pero sí los suficientes para que la novela permanezca como un todo donde el actor es la ciudad-mundo. Para leer *El disparo de argón* es preciso dejarse llevar por la anécdota, imitar al protagonista, Fernando Balmes: en cualquier momento puede uno abrir los ojos para descubrir que el drama policiaco se ha convertido en una enorme fábula del mundo, en una Visión con mayúscula. No importa aquí descubrir al asesino, sino respetar el misterio. *El disparo de argón* tiene el buen gusto suficiente como para no dar respuestas; se impone la duda de quien viaja al interior de un ojo que lo puede ver todo, de un hospital que mira y es mirado, de un libro que lee al mundo mientras que es leído por el mundo. Los cabos sueltos quedan sueltos porque la visión del hombre es así, necesariamente parcial. El propio Fernando Balmes debe enfrentarse a una operación de resultados y consecuencias inciertas, debe entregarse a una mujer que quién sabe si lo llevará a la muerte o a la gloria. De esta misma forma el lector debe entregarse a la narrativa de Villoro: no exigir soluciones, solamente entregar su visión, sus ojos, y escuchar a distancia las palabras de los doctores: "Tendremos luz" ◇

Juan Villoro, *El disparo de argón*. Alfaguara Hispánica. Madrid, 1991. 336 pp.

